

¿Cómo entender que hay un problema?¹

Vicenzo Percassi²

Antes de reflexionar sobre los instrumentos prácticos que ayudan en el proceso formativo es útil recordar una posible visión de la persona humana que dé razón de la elección de tales instrumentos y sobre todo de la finalidad que se pretende lograr al proponer un determinado itinerario formativo. De hecho, no basta alentar el «cambio» en el sujeto. Es indispensable tener claro en qué dirección se realiza tal cambio.

Inconsistencia entre real e ideal no obstante la recta intención

La visión antropológica de la que se parte es la de una persona libre, por tanto capaz de determinarse y de superarse, pero al mismo tiempo herida por lo que la Escritura llama «pecado». Por tanto, existe una tensión entre pecado y virtud. Pero no solamente. De hecho, es fácil, reconocer que en la experiencia cotidiana se da también otro tipo de tensión: entre lo que libremente elijo y busco alcanzar y aquello que, no menos, continuo percibiendo como necesidad o como atracción aún siendo en contradicción con el ideal proclamado, como cuando quisiera amar en castidad, pero descubro ser atraído por deseos posesivos, o también simplemente, por la necesidad de sentirme amado, de recibir atención, de experimentar intimidad.

En el ámbito de cualquier camino formativo, este tipo de tensión no puede ser subestimada en su importancia. ¿Qué catequista no ha experimentado la dificultad de mantener orden y atención en una clase de adolescentes que se preparan para los sacramentos de iniciación cristiana sin por ello poder afirmar que dicha dicha dificultad se deba a un rechazo explícito del mensaje catequístico por parte de los mismos muchachos? ¿Y qué catequista no ha debido constatar, no sin cierto desaliento, que la simple «información» catequética no parece «tocar» en profundidad la experiencia de las personas a ella/a él confiadas? En estos casos, el educador intuye que hay un problema pero no logra focalizarlo con precisión. Constata que en las personas a él, o a ella, confiadas hay comportamientos o señales externas que hablan de una resistencia para concretar en la vida cotidiana aquellos valores o ideales que han sido racionalmente reconocidos como tales. Tal

1 PERCASSI, V. *Come capire che il problema c'è*, en «Tredimensioni» I (2004), pp 314-324. Traducción: Fátima Godiño

2 Psicólogo y superior del Colegio Internazionale Daniele Comboni de Roma

resistencia no encuentra una explicación simplemente racional, porque surge más allá y no obstante la buena voluntad e intención de los sujetos implicados. Entonces, ¿cómo explicarla?

Valores naturales, religiosos, mixtos

La Escritura, y en particular San Pablo (1 Ts 5,23), describe la persona humana como una realidad compleja que incluye la dimensión corporal, psíquica y espiritual. El sujeto, por tanto, incluye cuerpo, alma y espíritu. En cada una de estas dimensiones -que no están separadas entre sí- se presenta una forma particular de la tensión que hemos mencionado.

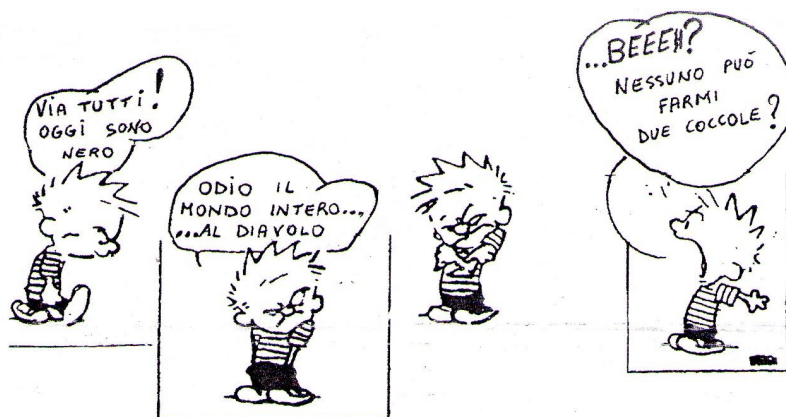
Por lo que refiere a la dimensión corporal, la tensión está a nivel de los valores naturales: comer, beber, descansar, trabajar. La capacidad del sujeto para conseguir estos valores es índice de su bienestar. En cambio, la tensión en esta dimensión señala una patología o un funcionamiento inadecuado a nivel físico o psíquico. Obviamente en esta dimensión la libertad del sujeto está implicada sólo mínimamente, dado que estos valores son también necesidades esenciales para el buen funcionamiento corporal.

Otra dimensión es la espiritual. En ella el sujeto se abre a Dios y por tanto a los valores espirituales teocéntricos y cristocéntricos (aquellos directamente deducibles del ejemplo y de las palabras de Jesús). En esta dimensión la presencia o ausencia de tensión depende de la disponibilidad del sujeto a orientarse a la virtud antes que al pecado. Naturalmente, en este caso, su libertad está especialmente involucrada. Es en la dimensión espiritual en la que la persona elige libremente cumplir u omitir el bien que ha reconocido.

Finalmente está la dimensión psíquica. Esta constituye un área intermedia respecto a la corpórea y a la espiritual y por tanto en esta dimensión la persona sigue los valores «mixtos», valores que no son totalmente espirituales ni totalmente naturales. Valores mixtos pueden ser la amistad, el compromiso en el ámbito de un proyecto significativo, la vida comunitaria...: se trata de valores naturales que, si bien vividos, pueden ser ocasión y símbolo para vivir los valores típicamente evangélicos. La tensión que esta dimensión implica no es entre salud y enfermedad, ni entre virtud y pecado, sino entre una orientación a superarse y una orientación a gratificarse a sí mismo, también en el ámbito de un mismo valor mixto. Por ejemplo, puedo vivir la vida común en un oratorio para «estar bien» (auto-gratificación), o para «hacer juntos el bien» (auto-trascendencia). Puedo ir a la catequesis porque ésta me garantiza la aprobación de mis padres (valor natural), o porque siento que es una ocasión de enriquecimiento y de crecimiento en vista al amor hacia Dios y hacia el prójimo (valor espiritual). En fin, un valor puede ser buscado por razones diversas y también opuestas que generan, precisamente, una tensión entre la orientación a gratificarse a sí mismo y aquella a superarse.

Hasta aquí, es claro que la dimensión psíquica -aquella abierta a los valores mixtos- es también la más necesitada de «atención» y, en cierto sentido, de purificación. De hecho, detrás de cualquier actitud, también positiva, puede estar

expresado un valor como una necesidad. La siguiente viñeta³ (extraída de *Calvin y Hobbes* de Bill Watterson) expresa bien dicha ambigüedad: aparentemente el protagonista está reclamando un poco de justicia. En realidad está buscando simplemente una satisfacción a la propia necesidad de «afecto».



Consecuencia importante: para orientar al sujeto a la trascendencia de sí hacia el amor de Dios no basta observar o corregir las ideas o los comportamientos. En cambio es necesario que éste obtenga una luz sobre la tensión entre los valores y necesidades y que aprenda, en el ámbito de tal tensión, a hacer las elecciones que lo lleven a superar la tensión en el sentido de la trascendencia más que a eliminar momentaneamente tal tensión gratificando las propias necesidades. Si el protagonista de la viñeta obtuviera simplemente mimos, se sentiría tranquilo por un tiempo (y en el interín cesaría de hacerse promotor de la justicia) pero pronto aparecería su malhumor por la injusticia (o sea por sentirse él mismo tratado injustamente por los otros). Los mimos no lo ayudan a hacerse consciente de su necesidad de afecto, a entender que lo que proclama es la necesidad de ser amado y no el valor de la justicia y a darse cuenta que este valor está condicionado por su ser gratificado. Si tampoco es consciente de su necesidad de afecto que persigue, ¿cómo podrá renunciar a ella cada tanto y hacer experiencia de la belleza del dicho evangélico según el cual hay más alegría en el dar que en el recibir?

Ayudar a los sujetos en formación a obtener alguna luz sobre la tensión en las tres dimensiones de su persona no es una tarea fácil. Las cosas son notablemente complicadas por el hecho que, sobre todo a nivel de la dimensión psíquica, la tensión nace en gran parte de factores inconscientes. Heridas de la niñez, reacciones emotivas más o menos automáticas, miedos, ansias... condicionan la reflexión y el actuar de la persona más allá de la buena voluntad. Para formar sujetos a la trascendencia de sí y por tanto al amor evangélico no basta poner atención a los comportamientos externos. La misma exploración de las motivaciones, así como son referidas conscientemente por el sujeto, no basta. Lo notaba hace ya muchos siglos el autor de la *Imitación de Cristo*.

3 NdT. Viñetas como en el texto original en italiano.

Hijo, mira con cuidado, los impulsos de la naturaleza y de la gracia porque son muy diversos y sutiles y apenas los puede discernir incluso la persona espiritualizada e iluminada interiormente. Todos desean el bien y todos pretenden algo bueno en lo que dicen o hacen; por eso muchos se equivocan por la apariencia del bien. (Libro III, cap LIV)

Lo que puede ser útil subrayar es que la tensión entre bien real y bien aparente, que se realiza en la dimensión psíquica intermedia entre la corporal y espiritual (o sea en el vivir los valores naturales y religiosos en forma mixta) no es solamente una lucha religiosa o espiritual, no es solamente *cuestión de elegir el bien evitando el pecado*. Esa es también una *lucha psicológica de la que la persona no siempre logra darse razones*. Puede suceder que el sujeto no logre superar un defecto aún queriéndolo con todo el corazón, justo porque no es siempre consciente de las resistencias, de las necesidades, de los miedos que lo detienen o lo llevan incluso a replegarse sobre sí mismo y por tanto a buscar la gratificación del propio yo.

El punto crucial del discurso puede ser expresado así: *detrás de cada comportamiento pueden coexistir motivaciones mixtas, motivaciones determinadas en parte por la elección de valores y en parte condicionadas por el impulso de las necesidades sentidas que pueden ser totalmente opuestas a los valores. De aquí, la resistencia o tensión de la que se ha hablado antes.*

¿Qué hay detrás de mis actitudes?

¿Un valor o una necesidad? ¿Quizás ambos?

Estudio

¿cuando estudio estoy motivado por la búsqueda de la verdad o también por una necesidad de sostener mi estima?

Oración

¿Cuando rezo estoy expresando mi deseo de confianza en la Voluntad del Padre o estoy buscando seguridad y confirmación a alguna expectativa subjetiva o también egoísta?

Ministerio

¿Cuándo sirvo o hago voluntariado estoy movido por el deseo de servir gratuitamente a Dios y al prójimo o simplemente estoy simplemente buscando «ayudar a los otros» en forma de sentirme bueno, útil, realizado?

Vida comunitaria

En la participación en la vida de un grupo o de una comunidad expreso mi búsqueda de realizar el amor fraterno y el bien común o busco satisfacción a mi deseo de afiliación, de afecto, de reconocimiento?

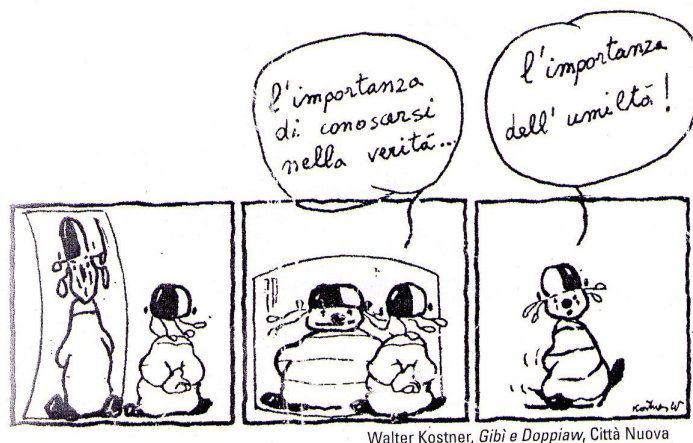
¿Cuáles son, entonces, los signos que permiten reconocer que detrás de una actitud *prevalece* una necesidad antes que un valor?

Signos vinculados a episodios particulares

Entran en este grupo aquellos signos hallados en comportamientos particulares

y muy circunscriptos. Cada momento de nuestra vida y de nuestras interacciones puede dejar aparecer algunos de estos signos y por tanto llevar al sujeto a tener contacto con la tensión entre necesidad y valores, tensión de la que se ha hablado. No siempre el mismo sujeto será capaz o estará disponible a reconocer tales signos. Observarlos y reconocer la ambigüedad motivacional que ellos expresan exige un camino paciente de conocimiento de sí mismo, y por tanto, cierto esfuerzo de humildad.

Compulsividad «Tengo que» hacerlo...		Rigidez O así o nada
	Complacencia Lo hago... sin creer o estar convencido de ello	
Selectividad Esto es todo para mí...		Inestabilidad Hoy sí... mañana...?



Una historia

Loredana está enamorada de Pedro y afirma amarlo en forma gratuita y total. Igualmente confía a su director espiritual que algo no funciona en la relación con Pedro. Cuando él se muestra un poco distraído o distante, ella siente ansia y rabia y una intensa necesidad de que él le confirme su amor por ella. Loredana entiende que debería dejar más espacio autónomo a Pedro pero en aquellos momentos, no logra dejar de buscarlo con insistencia y por tanto de molestarlo con preguntas como: ¿pero qué cosa no funciona? ¿quizás ya no me ames más?, etc. Otra cosa que molesta a Loredana es el hecho que no encuentra el valor para expresarle claramente a Pedro sus propias preferencias cuando se trata de una elección que tienen que hacer, casi como si estuviera dominada por el temor de ofenderlo o contradecirlo. Así, Loredana termina por hacer las cosas que Pedro dice sin creer profundamente en ellas o sintiendo después cierta frustración. Finalmente, lo que casi asombra a Loredana es el alternarse de sentimientos totalmente opuestos en su corazón. A los momentos de gran pasión por Pedro se alternan momentos de rabia y miedo, acompañados por pensamientos

particularmente agresivos en relación a su novio.

¿Qué señales indicadas arriba parecen estar presentes en el comportamiento de Loredana, que sugieren la presencia de necesidades en su experiencia consciente o inconsciente?

¿Cuáles podrían ser estas necesidades?

En el caso de Loredana se pueden hacer varias hipótesis: su necesidad de buscar a su novio cuando se siente insegura sobre el afecto de este último subraya que detrás de su actitud premurosa existe de hecho una fuerte necesidad de sentirse amada, por tanto un replegarse sobre sí misma. La complacencia en relación a su novio y la misma inestabilidad de reacciones afectivas (rabia-amor) evidencian que más allá del valor de amor gratuito que Loredana profesa, existe una tensión interna vinculada a las necesidades probablemente inconscientes que son lo opuesto a la gratuidad: estima, dominación, control, etc.

Aquí, es útil notar, que también lo de «ayudar a los otros» es una necesidad y no necesariamente un valor. La generosidad, en otras palabras, puede expresar don de sí mismo, pero también búsqueda y defensa de una imagen de sí misma que de seguridad (me siento útil, amado, bueno, etc.).

Signos vinculados al estilo de vida

Entran en este grupos aquellos signos que pertenecen a comportamientos más extendidos en el tiempo y por tanto reconocibles por una observación más prolongada y atenta a captar la relación de varios comportamientos a la luz del estilo de vida en el cual, más o menos, se inspiran.

Capacidad de aprender Calidad de la comunicación Contacto con la realidad Estabilidad
--

Por «capacidad de aprender» se entiende no simplemente la habilidad intelectual del sujeto, sino sobre todo su capacidad de atesorar experiencias, es decir de saber modificar algo de su propio comportamiento a partir de sus equivocaciones, fallos o errores de evaluación. Lo contrario a esta capacidad es la repetición de los mismos comportamientos infructuosos. En tal caso se tiene la percepción que el sujeto sea incapaz de escuchar los mensajes, verbales o no, que recibe de los otros y del ambiente. Nos preguntamos: ¿cómo es que esta persona continúa repitiendo los mismos errores o los mismos comportamientos improductivos?

Sobre la «calidad de la comunicación» el discurso podría ampliarse mucho. Basta subrayar que cuanto más una persona está orientada a la interiorización de los valores, será más capaz de comunicar en forma clara, explícita, respetuosa. Al contrario, la búsqueda, a menudo inconsciente, de gratificación de las necesidades inconscientes, lleva a una comunicación frecuentemente contradictoria, hecha por

entendidos, con actitudes que parten del presupuesto que «el otro debería entender».

Por «contacto con la realidad» se entiende la capacidad de evaluar las situaciones en forma realista, de interpretarlas a partir de los hechos más que de las propias impresiones o suposiciones y de elaborar respuestas a las exigencias de los otros y del ambiente que se demuestren eficaces y constructivas. Al contrario, la prevalencia de necesidades inconscientes lleva al sujeto a asumir actitudes defensivas que tiende a deformar la realidad en manera más o menos notable, con racionalizaciones, culpando a los otros, proyecciones en los otros de ellos propios sentimientos o estados afectivos, hasta el punto de negar del todo a la realidad, como en el caso de un alcohólico que insiste diciendo que «no tiene ningún problema», o de un adolescente que niega las propias inseguridades asumiendo comportamientos arriesgados.

Por «estabilidad» se entiende la capacidad de perseverar en un compromiso asumido, en una tarea, en una relación, en una situación de moderada frustración. La inestabilidad, al contrario, es señalada por la necesidad continua de cambiar de actividad o relaciones, por la intolerancia de cualquier frustración, por la labilidad de las emociones. Todo esto revela cómo el sujeto esté dominado fundamentalmente por una tensión que lo lleva a gratificar necesidades subjetivas. La inestabilidad se manifiesta frecuentemente también en forma menos dramática, como simple complacencia en relación al grupo dominante: el temor, es decir, de perder el consentimiento de los otros o su afecto puede llevar al sujeto a conformar el propio comportamiento al del grupo en el que se encuentra, a seguir la presión de las circunstancias, sin preguntarse realmente por la coherencia personal respecto a los valores o sobre la consistencia de los propios comportamientos.

Otro breve ejemplo

Isa es una muchacha en búsqueda vocacional. Expresa sus ideales espirituales muy elevados y dedica muchas horas a la oración. Sin embargo, algo inquieta a su director espiritual: Isa afirma querer probar la vida de clausura sin haber leído o conocido aún nada al respecto. Después de algún mes, afirma sentirse llamada al apostolado activo en misión, siempre antes de haber tenido contacto o conocer particulares sobre ello. Además, Isa parece llamar la atención de su director espiritual contando sobre los particulares e intensos sentimientos durante la oración, con una lectura de la situación veladamente milagrosa. Si por una parte Isa muestra gran celo en el apostolado con los pobres, sus relaciones familiares permanecen conflictivas, contradictorias y fuente de gran frustración para ella y para los otros. Isa, además, está particularmente susceptible e intolerante a cualquier pequeña observación que parece contradecir su punto de vista. La evaluación que Isa hace de estas incongruencias está basada en razones muy subjetivas que no convencen al director y a otras personas a su alrededor, y que no logran considerar el punto de vista de los otros y las expectativas del ambiente. Aquí son bastante evidentes los signos de escaso contacto con la realidad y de inestabilidad.

Favorecer la tensión de frustración

Las observaciones realizadas resaltan la complejidad del discernimiento sobre las motivaciones que impulsan a los sujetos en formación a actuar en un sentido o en otro y la importancia de tomar en cuenta la necesidad que un camino formativo duradero incluya el reconocimiento y la capacidad de afrontar la tensión entre los valores reconocidos y todos aquellos valores que llevarían en cambio al sujeto a elegir simplemente lo que le gusta, lo que le conviene, lo que es importante para él subjetivamente.

El proceso formativo debe ayudar al sujeto no solamente a reflexionar sobre los valores, sino también a vivir el cansancio de una determinación de la voluntad que lo lleve a superarse, a salir del propio querer emotivo o subjetivo para elegir lo que ha sido reconocido como un bien en sí mismo. No simplemente un bien conveniente o agradable, o compartido por otras personas significativas, sino un bien en sí mismo, que uno elegiría aún si le costara algo y aún si el sujeto interesado fuera la única persona a reconocerlo como tal.

Por tanto, es de vital importancia, ayudar a las personas en formación a darse cuenta de la existencia de un «costo» que hay que pagar en la internalización de los valores, de un sufrimiento que hay que vivir. Los valores, de hecho, tienen la doble característica de aparecer «atrayentes» a la inteligencia que los reconoce y los define como «costosos» en el momento en el que la voluntad busca de realizarlos.

El hecho que la elección de los valores implique una «tensión sentida» podría desalentar la perseverancia en ellos, sobre todo a la luz de la experiencia según la cual seguir a las necesidades que son contradictorias en relación a los valores, da al sujeto una relación de alivio respecto a la tensión experimentada. Justo éste es el que hay que clarificar. Es verdad que la renuncia a la gratificación inmediata de un impulso, en vistas a un valor, seguramente suscita cierta tensión, pero es una tensión que ayuda a crecer y al final dona la sensación de una gozosa libertad. En cambio, la inmediata e incondicionada gratificación de la renuncia, con el tiempo produce una frustración estéril y por tanto una tensión aún más sentida de la precedente que toma el nombre de «tensión de frustración». Esta última, de hecho, impide a la persona de orientar la necesidad primaria hacia un valor superior que le permita hacer experiencia de autodomino, de posesión de sí mismo, de capacidad de decidir con libertad y de donarse sin reservas.